

Lo que cuenta
es la ilusión

Notas 2007-2010

Ignacio
Vidal-Folch

Ediciones Destino



Lo que cuenta es la ilusión

Notas 2007-2010

Ignacio
Vidal-Folch

Ediciones Destino

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1239

© Ignacio Vidal-Folch, 2012

© Ediciones Destino, S. A., 2012
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2012

ISBN: 978-84-233-2897-0
Depósito legal: B. 17.769-2012
Impreso por Cayfosa
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A Rosa Ferré

Ediciones Destino

18.801 — Cuando se habla de *El malestar en la cultura* me zumban los oídos. «¿Es a mí?»

18.803 — Ayer vino a casa Iñaki. Llevaba un bastón negro. —Es el bastón de Borges —dijo.

(Resulta que su amigo Paavo Heikinen, periodista finlandés, fue a entrevistar a Borges, al salir vio el bastón en el paragüero y...

Años después, viendo a Iñaki preso en el típico «bloqueo de escritor», se lo regaló.)

Ahora, con cierta solemnidad, insólita en él, Iñaki me entregó el valioso trofeo.

—Chico, a mí me ha salvado. Gracias a él he podido escribir *A tu lado en Islandia*. Estoy seguro de que a ti también te ayudará.

Cuando se fue, busqué en la biblioteca y comprobé que en efecto es el mismo bastón que lucía Borges en la portada de la *Poesía Completa* de Alianza.

Al principio no me causaba una impresión especial. De vez en cuando lo observaba e imaginaba al periodista finés llevándose lo furtivamente del piso de Borges. Y a Iñaki en su despacho en Bilbao sobándolo en busca de inspiración. Pero a lo largo del día aquella «idea objetivada» iba convirtiéndose en una presencia turbadora.

Me puse a andar arriba y abajo por el piso, apoyándome a conciencia en el bastón, hasta que la palma de la mano me escoció.

Quise escribir un artículo pero no había forma de concentrarse.

El bastón tenía una presencia demasiado espesa.

Hoy también, toda la tarde, la idea obsesiva del bastón.

Lo he colgado del respaldo de una silla. Lo he colgado de un estante de la biblioteca. De un radiador. Lo he dejado detrás de una puerta.

Por la noche he salido de paseo y después de caminar un par de manzanas he dejado el bastón de Borges sobre el asiento de una Vespa.

Al regresar, media hora más tarde, ya no estaba.

18.810 — Un coronel provento y viudo corteja a tía Claudina, también viuda y entrada en años.

Ella está indecisa: el coronel le gusta, y sería bonito recorrer acompañada las últimas vueltas del camino; pero por otra parte, ¿y si la convivencia resulta mal? Consulta con su prima:

—Lali, ¿qué hago? ¿Le doy el «sí»?

Su prima es puro sentido común:

—Mira, Claudina, mona... En vez de casaros ¿por qué no salís juntos, de vez en cuando, a merendar?

18.817 — José María ha volcado treinta años de investigación en un ensayo riguroso. Ese escrito resume los esfuerzos de toda su vida. Es el libro de su vida, y una aportación extraordinaria a su campo intelectual.

Consciente de que en ese campo, como en tantos otros, la repercusión de los logros tiene lugar en inglés, y concretamente en las revistas científicas de Estados Unidos, ha hecho traducir su ensayo al inglés y ha enviado una copia al mejor editor neoyorquino.

De esto han pasado cinco meses y aún no ha recibido respuesta.

El hecho de no recibir respuesta en todo este tiempo es muy mala señal. «Pero en cierto sentido también es alentador —me explica—: Mientras los americanos no

respondan es que no lo han rechazado; y mientras no lo rechacen, la posibilidad de que lo acepten sigue abierta.»

No queremos saber lo que pasa ni lo que nos aguarda. Lo que queremos es que vaya pasando el tiempo y al fondo, bajo la puerta, la ilusión de una rendija de luz.

18.820 — *State Britain*, una furiosa instalación de Mark Wallinger contra el primer ministro británico: «Blair, B-Liar». Me ha recordado la primera Navidad del gobierno Blair, la Nochebuena de 1997. Fue una noche helada, oscura como boca de lobo, con lluvia racheada, noche de Londres. Antes de salir, Simon Bowles, un judío nervioso, con anorak, pasamontañas, bufanda, guantes de lana y gorra bien calada, en el vestíbulo de casa, con la puerta abierta al frío del parque, al cielo negro, al asfalto brillante y encharcado, me hablaba con entusiasmo de Blair:

—Después de los gobiernos implacables de Margaret Thatcher, Blair es una posibilidad para la decencia y la compasión social.

—¿Estás seguro, Simon?

Él insistió hasta convencerme de que el enérgico y juvenil primer ministro era una buena persona. De repente una camioneta se detuvo frente a nuestra puerta, sonó un bocinazo, y Simon salió rápidamente y se fue en la camioneta a pasarse la noche repartiendo la sopa de los pobres por los muelles del Támesis.

Un *misterium tremendum* es que las suaves, simpáticas apariencias de Blair sedujesen a los izquierdistas británicos, que engañasen a todos los Simon compasivos. «Tony», orador elocuente, entusiasta, aplomado, claramente inteligente, era el prototipo de una generación rockanrolera, dialogante y solidaria. Tony lo mismo asistía a un concierto de los Rolling que se tomaba una pinta en el *pub* de la esquina, y como orador no tenía rival.

Y ahora ante la obra de Wallinger me pregunto: ¿cómo pudo ese glacial calculador engañar a Simon?

En sus rasgos, tan acusados y sensibles, también yo vi signos de ideales apasionados, y la picardía del niño travieso. Sólo varios años y miles de muertos después se me abrieron los ojos sobre el vínculo secreto entre esos rasgos y esos hechos.

Este retraso en comprender la verdadera naturaleza de las relaciones entre el individuo carismático con la política de los pueblos a los que dirige, y este retraso en el diagnóstico fisiognómico correcto, prueban nuestra mala lectura —mi mala lectura— de las apariencias. Debería recordar que aquel rostro me engañó cada vez que sienta la tentación de emitir un juicio.

Pessoa: «Una opinión es una grosería, incluso cuando no es sincera».

Estoy viendo a Simon, en el amanecer del día de Navidad de hace diez años, regresando a casa después de pasar la noche repartiendo la sopa entre los vagabundos. Viene muy cansado, empapado de los pies a la cabeza y con el frío en los huesos, pero su rostro tiene una expresión de dulce fatiga, y su mirada un brillo alegre.

Nos sentamos en la cocina, a tomar un té bien caliente. Entra por la ventana la luz pálida del día de fiesta. Simon está impregnado de la satisfacción de haber hecho el bien, y de un intenso olor, no a santidad precisamente sino a sopa de verdura.

18.822 — El día de la toma de la Bastilla, Luis XVI anota en su diario:

«Hoy, nada».

De esta frase deduce la gente que aquel rey no se enteraba de nada y era poco menos que un idiota. Yo pienso lo contrario. Yo creo que no se puede ser más sutil y más fino (como demostró en el cadalso). Con sólo dos sencillas palabras Luis refuta toda la literatura del yo: diarios y dietarios, memorias y autobiografías, «Hoy, nada».

18.826 — En la mesa contigua también come un hombre solo. Debe de ser viudo porque lleva una corbata negra, con la punta metida en el bolsillo de la camisa para que no se manche.

En su opinión es lamentable la escasez del espacio, tan exiguo en los restaurantes como éste.

—¿Usted se ha fijado? Pero bueno, ¿se ha fijado usted en lo pequeñas que son las mesas y que apenas hay espacio entre unas y otras?... —etcétera.

Luego se queja de las prisas del camarero que circula sudoroso, cargado de platos: ¿a qué vienen tantas prisas para traerle el siguiente plato, cuando a él le sobra el tiempo? Luego considera el deterioro paulatino y general de las cosas, los servicios, las relaciones. ¡Todo va a peor!

—En general, falta de respeto —concluye con un suspiro.

Pero la estrechez de los restaurantes, las prisas de los camareros y demás circunstancias degradantes no agotan su malestar, y también se queja de la globalización, de esos emigrantes que vienen a una Europa donde ya no hay empleo que ofrecerles, y una vez aquí no saben qué hacer:

—Vamos a ver, ¿quiere usted decirme *a qué* vienen?

Mientras rezongaba contra el pésimo funcionamiento del mundo, este honesto ciudadano ha despachado un plato de raviolis y otro de cocido, acompañando todo eso con medio litro de vino tinto, y luego un platillo de naranjas al vino, un café y una copa de coñac... Y mientras bebía el coñac a sorbitos, con manotazos escépticos iba pasando las manchadas páginas del diario *Sport*.

18.827 — El peor verso de la literatura española, según Rico, es este de Félix Ros: «¡Amortajado amor, amor / tajado!».

Pero en realidad lo que el verso dice es «Amortajado amor. Amor, tajado / de engaños como vals lentos», lo cual no lo redime, pero por lo menos el ritmo trinario del vals lo suaviza, sobre todo al enterarnos de que el

autor escribió eso ante los despojos de su esposa. Estaría muy emocionado y le patinó el talento.

Claro que no sería muy grande ese talento de Ros, ya que también en la *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, de 1939, estuvo involuntariamente bufo, cómico de humor negro:

*José Antonio: va a reír la primavera
y sólo tú nos faltas en la risa...*

Sí, todo esto es aún más gracioso que el tren de Campoamor, tan celebrado:

*Recobrada la salud y el seso,
regresé de París en tren expreso.*

18.828 — Acostado, en duermevela, cada noche oigo la tele del piso de al lado. Oigo el estrépito amortiguado de las tonterías, de los peores programas, y a todo volumen porque los vecinos son muy mayores y están un poco sordos.

El lunes pasado, ante la puerta del ascensor, la vecina me dijo:

— ¿Sabe usted que mi marido ha fallecido?

¡Su marido, el anciano encogido y receloso que arrastraba los pies y me miraba de reojo!

Ha muerto de forma fulminante, a los ochenta y siete años. ¡Se ha ido en dos días! De que algo iba mal el único aviso que tuvo fue una dificultad para no sé qué, y un dolor en el vientre..., le ingresaron en el hospital..., y de repente, ¡zas! ¡Se acabó!

Oh, buena señora, mis condolencias, pero hay que seguir adelante, usted ya sabe... Hay que seguir tirando, etcétera.

El martes no se oía al otro lado del tabique el acostumbrado guirigay.

El miércoles, nada. Un silencio sepulcral reina en el piso contiguo.

Hoy, jueves, vuelve a oírse la tele.

18.829 — Sigo viendo el gesto displicente con el que el comensal de anteaer pasaba, golpeándolas desdeñoso con el revés de la mano, las páginas del *Sport*.

Como todos los restaurantes, aquél es una dependencia del matadero universal. Y el golpe desdeñoso al diario es el gesto de un exterminador, de un destructor de mundos.

18.830 — En el sensacional dietario *Borges* de Bioy leo el episodio, sucedido en el aeropuerto de Barajas, cuando Borges acababa de desembarcar del avión, y deslizándose entre otros periodistas Óscar Peyrou se puso junto a su silla de ruedas:

—Borges, Borges, me llamo Óscar Peyrou.

El poeta ciego le oyó, en un movimiento de excitación frenó la silla, y mirando al vacío exclamó con deleite:

—¡Óscar Peyrou, el sobrino de Manuel!

Manuel Peyrou, compañero de tantos años de vida literaria, resucitaba parcialmente para Borges en la figura inesperada de su sobrino, tan lejos de Buenos Aires.

Óscar («¡el sobrino de Manuel!»), cuando lo conocí en Madrid, era un joven fino y culto, que me cayó muy bien. Se había venido a España huyendo de la dictadura argentina y obtuvo un empleo como periodista en la agencia Efe. Al cabo de unos meses, cuando ya había acondicionado un piso y ahorrado algo de dinero para los billetes de avión de su mujer y su hijo, para traérselos de Buenos Aires, el gobierno cambió el director de Efe, nombró a Anson, y corrió la voz por la agencia de que iba a haber muchos despidos. A Óscar le espantaba la posibilidad de quedarse también sin empleo: entonces no podría hacer venir a su mujer y a su hijo. Estaba muy angustiado. Tras unos días de horrible incertidumbre, Anson le llamó a su despacho. Allí, el nuevo director de la agencia, sentado y flanqueado por sus dos subdirectores..., le confirmó la renovación de su contrato. De pura emoción y alivio, Óscar rompe a sollozar. Anson, conmovido, sale de detrás del escritorio y le abraza. Los

dos subdirectores, tras un momento de vacilación, deciden que también están emocionados y se suman al abrazo. Y allí, como una postrera deriva del mundo de Borges, de Bioy, de Peyrou y el círculo de las Ocampo, están aquellos cuatro hombres hechos y derechos, de pie, abrazados, en un despacho de Madrid, y también en mi imaginación, de vez en cuando.

En todos estos años, Peyrou también se hizo escritor, sobre todo, creo, de cuentos breves como éste:

CONVERSACIÓN

Estuvimos hablando un rato. Era inteligentísimo. Estaba de acuerdo conmigo en todo. Al despedirnos, le dije:

—Fue una conversación muy interesante. Aprendí mucho escuchándome.

18.852 — En *Las suplicantes* la modalidad suicida de ahorcarse colgándose del cuello de un dios, o sea de la estatua de un Dios, ¿sería una forma de confiarse a su magnanimidad cuando llegasen al Hades, o, más bien, una forma de profanar los altares sagrados de la ciudad, un garabato blasfemo, el póstumo reproche a quienes pudiendo ayudar permanecieron pasivos?

18.853 — Al despertar me he acordado, por primera vez en tantos años, de Petra Van der Saar. Me he dado cuenta de que la inspiración de *La cabeza de plástico* me vino menos de Ámsterdam que de Groningen, donde ella vivía y donde fui a visitarla y pasamos unos días.

La recuerdo como si hubiera sido ayer.

Éramos muy jóvenes, nos perdimos sin razón, ella borró sus pistas.

Era una muchacha expeditiva, más bien seria y lacónica, nada sentimental, con una especie de tristeza interior cuya causa no llegué a saber. Tampoco es que yo preguntase mucho.

Sus padres eran granjeros, tenían vacas.

Historias parecidas a ésta le han pasado a todo el mundo, pero a pesar de su insignificancia, cuando vuelves la vista atrás ¡qué extraño es perderse y no volverse a ver!

Nuestro pasado no es exactamente «nuestro», ya que se ha perdido irrevocablemente. Pero tampoco es de los demás. No pertenece a nadie. Y por ahí andará el pasado, en tierra de nadie como Petra Van der Saar.

18.860 — Lisboa. Rua das Janelas Verdes: un antiguo convento, transformado en «hotel con encanto», con mucho encanto, y un servicio ligeramente incompetente. Pido una lámpara de mesa para escribir en mi cuarto y es como si hubiera pedido que me llevaran un unicornio a la habitación. Me he levantado a las seis para escribir un artículo, pero al enviarlo por *e-mail* la transmisión se ha interrumpido y el texto se ha perdido en el ciberespacio.

Tras escuchar mis quejas, el gerente llama por teléfono y explica a su interlocutor, el responsable del servidor, con mucho énfasis y prosopopeya:

—*O cliente está furioso!*

Y como yo le había dicho, para subrayar la gravedad del percance, que soy escritor, continúa:

—*O cliente es un escritor famoso!*

La retórica que se gasta aquí es llamativa. Ayer oí calificar algo como «ofuscantemente brutal».

La *saudade* ontológica que el tópico atribuye a los portugueses no es más que penuria.

Yo les respeto mucho, ellos no hablan a gritos.

18.861 — El piso desordenado como si hubiera pasado un ciclón. Todas las cosas están revueltas, fuera de su lugar, en montones que se caen. Cajones abiertos, armarios abiertos que vomitan ropa. Sillas y sillones desplazados. Papeles y documentos esparcidos sobre los muebles y por el suelo. De la pared detrás del escritorio cuelga torcido el retrato de un señor valetudinario. Hay que discernir qué se rescata de este naufragio y qué se tira. Un pariente

que estaba leyendo en diagonal un mazo de cartas, las deja a un lado con un rictus de angustia y decepción. De repente ha aparecido un primo, profesor en una universidad de provincias. Su cabellera espesa y reluciente, sin una cana, sobre la cara madura y envejecida, le da aires de impostor de folletín; busca con ojos inquietos si no se le pasa por alto algún tesoro escondido.

Para aumentar la desolación aparecen los buhoneros, los traperos: ayer se les llamó para que vacíen el piso. Son sucios, obesos, contrahechos, la ropa llena de lamparones, los cuerpos degenerados, y a cada momento tropiezan con nosotros en función de saqueadores de tumbas.

Han traído consigo a una viejecita vestida de negro como una plañidera, que huele mal. No debían de saber qué hacer con ella y la han instalado en un rincón, sobre una silla, desde donde observa con sus ojitos de ave atónita nuestras idas y venidas.

El padre abre la caja fuerte, se guarda unos documentos en el bolsillo y exclama: «Ya nos podemos ir».

Dejamos todo lo demás a los traperos.

Antes de salir de aquí para siempre, echo una mirada distraída al cajón del escritorio y al percibir entre lápices y clips una vieja foto tamaño carnet, en blanco y negro, me da un vuelco el corazón: ella tiene seis años, viste el uniforme del colegio y sonrío hacia delante, mostrando los dientes de conejito.

No me extraña que su abuelo tuviese esa foto a mano.

Salgo a la calle en cuesta. A la izquierda sube hacia el parque una escalera de piedra con un pasamanos metálico. Ella, de pequeña, cuando era la niña de la foto, jugaba en esa escalera. La palma de su manita percibía las abolladuras en el metal frío, por donde ahora yo paso la mía.

18.862 — Sentado en el suelo junto al café Nicola está el hombre físicamente más repulsivo que he visto en mi vida. Un verdadero monstruo, y sin embargo es inevita-

ble mirarlo cada día, cada vez que paso por delante. Se trata de una forma severa de neurofibromatosis de Von Recklinghausen: un enorme tumor violáceo, formado por espantosas bolsas y protuberancias, le cubre toda la cabeza como si se le hubiera adherido un pulpo. El pobre hombre está acurrucado al pie de una farmacia, indeciso entre el exhibicionismo y la vergüenza de sí mismo... Pocos serán los que se atrevan a acercársele y darle limosna. Haga tu mirada lo que haga, le ofendes: si fingiese no verle, le estaría infligiendo el último desprecio de negar su existencia; y si le miro, manifiesto que me cautiva su deformidad de monstruo de barraca. Esa monstruosidad que encarna la injusticia de la vida atrae la mirada como al hierro el imán. Cuando paso a su lado, él, el predestinado, me sigue con la vista —la rendija de los ojos se abre entre los tumores—; me sigue con la vista cuando lo miro, me sigue desde detrás de esos bulbos violáceos..., con su súplica muda y desatendida.

18.863 — Encantador nomenclátor de Lisboa: barrios de Anjos, Santos, Estrela, Colonias, Graça, Esperança, Marvila, Prazeres.

Calles: rua das Janelas Verdes, rua do bombero voluntario, rua da Escola Politecnica, largo de San Mamede...

Avenidas, plazas espaciosas con árboles altos y presididas por iglesias... Por todas partes se alzan los signos de que fue la metrópoli de un imperio colonial. Es una ciudad vacía, pensativa, en pronunciado declive; el vecino da pasos lentos por cuestas adoquinadas, concediéndose pausas para descansar, para fumar, acodado en los miradores que se abren al océano inmenso, a la terrible verdad.

18.888 — Barcelona. El gran despliegue informativo del diario sobre la decadencia del pan con tomate que se sirve en los restaurantes —¡apenas un mediocre sucedáneo del auténtico pan con tomate genuinamente catalán!— me

ha sorprendido agradablemente. Primero he tenido un movimiento de incredulidad, luego he lanzado carcajadas homéricas. Para no repetir continuamente el sintagma «pan con tomate», el conciencizado periodista abrevia en las siglas «PCT». Y entonces aparece por todas partes el acrónimo. Así, por ejemplo, el buen PCT está en peligro de extinción, el sabroso PCT en muchos sitios no lo preparan bien. ¡Degradación lamentable del PCT, a la que urge poner remedio, ya que estamos hablando nada menos que de un signo de identidad catalana!... El periodista, diligente y exhaustivo en el acopio de datos, recorre infatigablemente las Ramblas arriba y abajo, irrumpe en bares y restaurantes, cata en todas partes el PCT, y luego concluye, severo y desconsolado: «¡En ninguno de estos nueve establecimientos alcanza el PCT la calidad mínima exigible! ¿Es posible tanta irresponsabilidad? ¿Vamos a permitirlo?... ¿Hasta cuándo?». En un recuadro se indica la receta canónica del PCT, y se especifican claramente los ingredientes —pan tostado, tomate, aceite y sal—, y otro recuadro consigna el nombre y la dirección de unos pocos y tradicionales restaurantes de toda confianza donde el lector encontrará un PCT honesto y cabal.

Cada párrafo es más hilarante que el anterior; mientras me retuerzo de pura risa voy calculando cuántos párrafos de felicidad me quedan todavía por delante, y constato que aún quedan muchos, pues la investigación es en verdad metódica y rigurosa, no queda rincón por examinar ni pan con tomate por comer, el periodista se ha tomado su tarea muy en serio, y el diario le ha reservado el espacio que requería la trascendente indagación: tres páginas.

No hubiera podido inventar algo parecido en *Contra-mundo*. Lo real es inverosímil.

18.893 — Es un misántropo. Hace cuarenta años que huyendo de la gente y del pasado se instaló en Cadaqués, donde ha llevado una vida solitaria de asceta. Con los años

y las dificultades, el ánimo se le hunde. Ayer, día transparente, con un viento suavísimo, templado, nos sentamos en la cala, y después de un rato en silencio mirando el mar dijo:

—Es bonito, ¿verdad?

Asentí.

—Sí que lo es.

Tras una pausa musitó:

—Pero ¿sabes?, también cansa.

La longevidad de las últimas generaciones extiende a la vida del individuo la ley de Marx sobre las naciones en la historia: lo que una vez sucede como tragedia, si vuelve a presentarse lo hace como comedia.

No hay relato posible para estas vidas larguísimas e incruentas.

O sí hay relato, sí que lo hay, lo que pasa es que, carente de aventura, de acción, de suspense, de intrínquilis, tiene poco interés.

18.894 — Me cuenta que a su hijo no le gusta leer. Es como si me dijese que no le gusta pensar. Es como si me dijese que el niño es idiota.

Ella salió en su defensa: el hecho de que el niño no lea, aunque a ella también le apena, en el fondo no es tan grave, ya que las nuevas generaciones piensan de otra manera, vivimos en la cultura de la imagen...

¿Pensar con imágenes? La interrumpo: ¿resulta que hemos vuelto a Altamira? ¿Al pensamiento simbólico, a las tribus peludas reunidas alrededor de la fogata y los bisontes pintados en las cavernas?

No sé qué más le he dicho que le ha sentado mal, y se rebota:

—Mira, Ignacio, *tú* puedes decir lo que quieras pero *nosotros*, los que tenemos hijos, no podemos darnos el lujo de ser pesimistas. ¡*Nosotros* no podemos permitirnos ese capricho!

Sí que entiendo que las ideas y el juicio son cosas o privilegios que podemos o no podemos permitirnos.

18.895 — ¿Cómo será la vida privada del monstruo, el Von Reklinghausen de Lisboa? Supongo que a la caída de la noche volverá a casa, entre las miradas de horror de los transeúntes; quizá en la puerta se encuentra a algún vecino, suben juntos en el ascensor.

—Vaya tiempesito estamos teniendo, ¿eh?

18.899 — En el pueblo gallego de Narón, un tetrapléjico de cuarenta y dos años de edad, con el noventa y cinco por ciento del cuerpo inmovilizado por la enfermedad y condenado a vivir tendido en su camilla motorizada, aprovecha un descuido de su abnegada familia, se escapa de casa, y conduciendo la camilla con una especie de volante esférico que se controla con la boca, se mete en la autovía y a toda velocidad se dirige a... El Eclipse: un burdel de carretera.

Se llama Antonio Navarro. La Guardia Civil le ha interceptado antes de que culminase su escapada.

Cabe admirar el esfuerzo de Antonio Navarro, su fuerza de voluntad, su ilusión. Y cabe también preguntarse: ¿cómo pensaría pagar en El Eclipse?

18.950 — Esta tarde he comprado en la librería de Malivern otra biografía de Proust, y en cuanto he llegado a casa me he sentado a leerla. No lo puedo evitar. Estas tonterías son irresistibles. Quedé enganchado a este autor y a Swann, Saint-Loup, Charlus, la Verdurin y demás zánganos, ociosos, pavos reales y diletantes, a los diecisiete años, cuando concluí su lectura en la larga escena, el pavoroso aquelarre, de la *matinée* en el palacio de la princesa de Guermantes: allí donde las muchachas en flor aparecen transfiguradas en brujas artríticas, y todos los héroes jóvenes, en bellacos consumidos por sus vicios, pero al mismo tiempo gigantescos en el Tiempo, porque

«lindan simultáneamente con épocas tan distantes, entre las cuales vinieron a situarse tantos días». Allí cristaliza una sensibilidad, una emoción y una metafísica laica, que no es sólo la marca de Proust sino que iba a ser por mucho tiempo la nuestra, y en mi caso y en el de mi generación —en fin, entre aquellos de mi generación que hayan leído esos libros—, para siempre. Fue una impresión definitiva, nuestra otra educación sentimental.

También en el chalet de Gassin me escurrí un rato del banquete nupcial para esconderme en una salita donde tres horas antes, al vestirme para la ceremonia, había visto un estante con algunos libros y detectado entre ellos un libro de recuerdos de los amigos de Proust, publicado al poco de su muerte, en 1930. En la planta baja aullaba la fiesta, tronaba la música, corría un río de *champagne*, se bailaba, y aprovechando que una invitada, una negra imponente y reluciente de sudor, para regocijo de los invitados boquiabiertos, se arrancaba la camisa, arrojaba a un rincón los zapatos, y agitando a guisa de lanza un hurgador de la chimenea y recogiendo con la otra mano la falda en la cadera, hacía una demostración de baile ritual bantú (algo se había tomado), me esfumé escaleras arriba a leer aquellas nimiedades y dengues de ricos ociosos e hiperestésicos del París de la *Belle époque*...

Este otro libro se titula *Proust enamorado*. Nada. Lo mejor son estos versos sobre una ciudad donde perdió a un amor:

*Dordrecht endroit si beau
Tombeau
De mes illusions chéries*

La efectividad de estos versitos reside (además de los elementos prosódicos) en su ingenuidad confesional, en el misterio del primer verso (que sea bella una ciudad desconocida, con un nombre de sonoridad tan áspera), la brevedad lapidaria del segundo, y además, la yuxtaposición de los dos predicados inocentes, ingenuos (declarar que una

ciudad es bonita, hablar de las queridas ilusiones de uno), con la «tumba» rotunda, inapelable, sin adjetivar.

Más efectivos todavía, desde luego, si has estado en Dordrecht.

18.970 — Las últimas palabras de Diderot, iguales o casi a las del explorador Shackleton.

Diderot estaba acabando de almorzar con su familia, y como tenía serios problemas de salud su esposa le reconvinó porque quiso comer, además, un melocotón. Diderot refunfuñó: «¿Pero qué mal quieres que me haga, demonios?», tomó la fruta y cayó fulminado.

Shackleton, con el corazón ya muy débil, en el barco en el que volvía una vez más a la Antártida. Un compañero de fatigas quiso convencerle de que permaneciese en la cama.

—Siempre me estás prohibiendo cosas —dijo Shackleton—. ¿Qué quieres prohibirme ahora?

Murió en ese momento.

19.001 — Pantelleria. Llega nuestra amiga Patrizia y se instala en el *dammuso* de al lado. Con ella llega el *sirocco*. En la veranda, con un martini en la mano, observa la cala, y el viento agita su vestido vaporoso de finísima seda, que ondula, se infla, drapea como en un anuncio de perfume. El caliente viento africano es insoportable.

—En Sicilia —comenta Patrizia—, cuando el *sirocco* empieza a soplar todo el mundo se encierra en sus palacios.

Me ve enarcar una ceja y matiza con una risita voluble:

—En fin, los que tienen palacio.

19.009 — Antes yo pensaba que cuando alguien mata a un ser humano pasa a formar parte de otra clase de humanidad, y que eso es irreversible. Pero poco a poco he ido cambiando de opinión. Ahora me parece que esa irreversibilidad sólo dura hasta que el recuerdo del crimen

va empañándose. Si no, ¿de qué serviría saber que «*Je est un autre*»? ¿Cuántas veces, mirando al pasado, decimos «Hoy no lo haría»?

¿Por qué, si todo fluye y hasta el amor es reversible, no iba a serlo la culpa?

19.010 — De Pantelleria a Europa Central. Me reencontro con ese mundo de aire húmedo, de concienzudas construcciones, de materiales sólidos, de puertas y ventanas que se cierran herméticamente con un suave sonido de absorción de aire, de personas con modales extremadamente respetuosos y pulcritud tan extrema que invita a pensar en manchas profundas, invisibles salvo para el maculado, en corazones fríos y, algunos, gélidos. A veces me parece que el centro de Europa, con toda su malvada hipocresía y donde está pautada hasta la respiración, es preferible al sur.

Pero claro, esta preferencia responde al hecho de que nací y vivo en Barcelona.

Turgueniev cita en *Humo* un refrán ruso: «Se está bien allá donde nosotros no estamos».

Pessoa dice algo parecido en el poema sobre la carretera de Sintra: «... allí la vida debe de ser feliz sólo porque no es la mía»:

A vida ali deve ser feliz, só porque não é a minha.

Se alguém me viu da janela do casebre, sonhará: Aquele é que é feliz.

19.013 — En Suiza, en Saint Gallen, tierras de Walser. Para visitar la biblioteca —una apoteosis barroca—, sin dañar el parquet taraceado, es preciso coger unas grandes babuchas de fieltro de un montón que hay a la entrada, y ponérselas sobre los zapatos. Así caminas doblemente calzado y es inevitable arrastrar los pies por la fastuosa sala de lectura, toda maderas nobles y barnizadas, libros venerables, destellos de pan de oro y vitrinas de cristal

resplandecientes a la luz de invierno que filtran las ventanas emplomadas. Siento lo que me parece un *déjà vu*, y de repente me doy cuenta de que ya he estado antes aquí: ¡pero si ya visité esta biblioteca famosa hace unos pocos años, con Cyrus! ¡Qué poco me debió de impresionar este paradigma de la cultura y de Europa, si lo había olvidado completamente! A mi alrededor deambulan con las audioguías pegadas a la oreja unos cuantos turistas de edad proecta, envejecidos todavía más por el paso lento, con un zumbido de frotamiento continuo, de sus babuchas. Murmullo de conversaciones. Todo esto me impacienta un poco.

Me acerco a mirar por una estrecha ventana y veo allá abajo un patio polideportivo, un rectángulo de hormigón bajo el cielo sin nubes, donde ajenos por completo al porvenir de senilidad y corrección que les espera, unos niños más bien serios juegan discretamente, sin dar voces, a fútbol.

El simposio sobre «El Fracaso». Es claro que estos simposios universitarios son ya por definición un fracaso.

Pero también es un fracaso que no te inviten a fracasar.

Ivette Sánchez, la organizadora, es muy agradable, simpática, cordial. Me presenta a David Freudenthal, un hispanista de veintisiete años que acaba de romper con el tutor de su tesis.

—¿Por qué, David? —le pregunto—. ¿Por qué te has peleado con el profesor?

Desvía la vista, masculla:

—Insultó a Proust.

Automáticamente simpatizo con él. Está claro que este joven tiene algo.

19.014 — En Winterthur. La colección Oskar Reinhart, como hace años.

La *Dama inglesa* de Holbein, con las manos cruzadas,

y en el índice de la mano derecha, el grueso aro de oro de la alianza que la liga a un hombre.

¡Cuánto plomo y cuánta voluntad en ese aro metálico! Toda ella es contenida energía y belleza severa y tensa, que aguarda y reclama desde 1536 ser liberada...

Cuando salgo del museo, como aún falta un rato para mi tren, me siento a esperar en un banco de la plaza. Observatorios del espaciotiempo como éste están por todas partes. En aquella cafetería estuvimos una noche celebrando el doctorado de Cyrus Shayek. Ahora él vive en Teherán y a lo mejor se ha dejado una barba de muftí. Ahora es de día, ahora hay gente desconocida exactamente ahí donde estuvimos nosotros. Casi puedo ver en transparencia sobre ese grupo el nuestro. De la fuente metálica sigue manando cerveza helada, sigue fluyendo el agua por el río cercano... y en la pared del museo sigue aguardando, intactas su voluntad y su soledad, la dama inglesa de Holbein.

19.036 — Carlos II de Inglaterra, a los doce años, rodeado de enemigos en la batalla de Edgehill, blandía una pistola y gritaba:

—*I fear them not!*

Luego durante toda su vida fue un piernas y un botarate, pero esa frase le redime.

19.059 — Hace cuarenta años, un joven norteamericano estaba en Seúl cumpliendo el servicio militar y se hizo tatuar en el pecho su nombre, Vince, en grandes letras del idioma coreano.

Durante todo este tiempo ha llevado el tatuaje oculto bajo la camisa y la corbata, y lo ha lucido en piscinas, playas y alcobas de Carolina del Norte.

Ahora, ya jubilado, ha regresado a Corea como turista y el masajista de su hotel, al verle el tatuaje, le ha preguntado:

—Pero mister Vince, ¿por qué se mandó tatuar «Beba Coca-Cola»?

El americano se queda estupefacto, luego se indigna. ¡Me tomaron el pelo! Es tan tonto que lo denuncia a la prensa.

Yo simpatizo con aquel tatuador que pudiendo impunemente grabar en el pecho del forastero los improprios más ofensivos y brutales, tuvo la sutileza y la ironía de dejarle impreso ese insulto menor.

¿Y Vince? Me esfuerzo en simpatizar también con él, pero me cuesta... Supongo que haber sido durante toda la vida un soporte publicitario de la casa Coca-Cola sin cobrar un céntimo le dolerá...

19.079 — En una cumbre iberoamericana de jefes de Estado, el rey de España, impacientado por las monótonas e incesantes acusaciones del espadón Chávez contra Aznar, pierde los nervios y le espeta:

— ¿Por qué no te callas?

La frase ha alegrado al mundo entero: en efecto, de repente todos se dan cuenta de que arruinar su país es hasta cierto punto aceptable, pero la logorrea no.

19.094 — Me conmueve la vecina que cada viernes a las nueve y cinco de la mañana compra en la esquina la lotería de los ciegos: esa pequeña esperanza, sin cesar defraudada y sin cesar renovada, en su infinitesimal posibilidad de cambiar, por un afortunado golpe de azar, el destino...

Es fe. Es pura humanidad precipitada, quintaesenciada en un gesto que la vecina repite cada viernes. El quiosco de la ONCE de la esquina, con su ciego dentro, es un templo votivo, y cada billete que ella compra es una plegaria a un dios cifrado, un intersticio en la rutina realista para descabezar un breve ensueño diurno.

Cuidadosamente guarda el billete de lotería en el monedero y calle adelante se va, ligeramente confortada, la vecina, hacia la vida real.